

DOMINGO XIV DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Zacarías 9, 9-10): *Proclamará la paz a los pueblos.*

Salmo (144, 1-2.8-9.10-11.13cd-14) *«Bendeciré tu nombre por siempre, Dios mío, mi Rey»*

2ª lectura (Romanos 8, 9.11-13): *El Espíritu de Dios habita en vosotros.*

Evangelio (Mateo 11, 25-30): *Venid a mí todos los que estáis cansados.*

Las cosas no siempre suceden como las pensamos o planificamos. Los motivos son de diversa índole: una enfermedad grave, un accidente inesperado, una controversia familiar, etc. Casi siempre situaciones que no habíamos planificado ni habíamos supuesto que podían pasar. No siempre tenemos en cuenta que las personas somos seres frágiles y que en las diferentes etapas de la vida las fuerzas y las ganas de tirar para adelante no son las mismas.

A lo largo de la vida humana cada persona va desarrollándose física, personal y espiritualmente; dicho de otro modo: su cuerpo, su intelecto y su voluntad; también su fuerza, su razón y sus emociones, sentimientos, habilidades... Todo esto lo hacemos en relación con otras personas y otras colectividades que nos protegen, nos cuidan y nos proponen caminos a recorrer, retos que afrontar y encuentros con nosotros mismos y con otras personas. De esta manera las personas vamos descubriendo nuestras fortalezas y capacidades; así como las debilidades a la hora de afrontar los retos y las contrariedades que aparecen inesperadamente y en las que nos sentimos implicados.

En esta parte del mundo, en el que vivimos menos de la cuarta parte de personas, estamos llenos de cosas, de actividades, de ocupaciones laborales, etc. Y siempre andamos con prisas, hablando por el teléfono móvil, rodeados de gente, pero sin mirarnos a la cara, sin dirigirnos la palabra. Solos, muy solos. Llama mucho la atención, por eso, cuando nos encontramos con personas que viven con menos cosas, pero con más entusiasmo. Personas que se meten en muchas historias y siempre encuentran tiempo si les invitan a participar en proyectos interesantes. Son personas que se sienten apoyadas y acompañadas por otras que forman parte de lo que ellas llaman grupo, equipo, comunidad humana o cristiana: la fortaleza está en el conjunto de cabezas y de corazones.

El evangelio que hemos proclamado nos ha indicado un consejo de Jesús al respecto: *«Tomad mi yugo y aprended de mí (seguid mi camino) y encontrareis vuestro descanso»* para descubrir en qué momento de nuestra vida estamos y qué herramientas necesitamos para seguir a Jesús personal y comunitariamente.

El profeta Zacarías canta la alegría de la ciudad que recibe a su rey. Él es quien ha destruido todo el poder de los enemigos y ha convertido las lanzas en podaderas; Jerusalén la ciudad santa ya no tendrá que temer pues ya cuenta con la llegada de su Rey. Aquí se habla de la venida del salvador, es Él, el que viene, y la ciudad sale de su letargo y se pone a cantar con alegría. La iniciativa es de Dios que curiosamente cambia el poder-fuerza por la virtud de la paz.

La paz se presenta como el resultado de ese esfuerzo (virtud) por realizar el proyecto pacífico de Dios. Ese proyecto responde al equilibrio de fuerzas de la creación, tal como fuera diseñado para que el ser humano fuera señor de ella y no su esclavo. La esclavitud real que el ser humano sufre ante tantas desviaciones del designio creador pesa de forma agobiante, pero no fatal, sobre el ansia de libertad y dominio que los hombres y mujeres intentan satisfacer a lo largo de su existencia,

Los que creemos que la Palabra de Dios es el fiel reflejo de ese designio salvífico nos esforzamos por descubrir en ella las diversas fases de revelación que van desde la Creación hasta el Juicio Final. No podemos olvidar el carácter trascendente de esta largueza divina que se va manifestando cuando el ser humano se enfrenta con su inteligencia y con su voluntad ante los diversos acontecimientos que cobran plena significación si no excluimos la visión divina de los mismos.

Esta referencia al plan divino es lo que marca esa invitación del Divino Maestro cuando nos atrae hacia Él prometiéndonos alivio en nuestros agobios. Lo que no podemos es convertir esa invitación en una fórmula mágica que anula nuestro esfuerzo por acercarnos de veras a Dios. La magia anularía nuestra participación activa en las diversas resoluciones que afectan a nuestra vida real. La virtud sin embargo recarga nuestra libertad y responsabilidad en todas las decisiones personales. Dios está ahí y nos invita a acudir a Él para aliviarnos en nuestros agobios.

Conviene recordar que el Evangelio, esa Buena Noticia que Jesús trae al género humano, es Palabra de Dios que se hace viva en nuestras decisiones personales, pero para ello requiere que la aceptemos tal y cual nos es propuesto por Dios y evitemos cualquier manipulación interesada. La garantía de esa lectura desinteresada la brinda el Espíritu que se nos ha dado y que es capaz de transformar nuestras decisiones según la carne. Para el apóstol Pablo la carne opuesta al Espíritu es toda realidad agobiante que obnubila nuestro conocimiento de Dios.

Cuando el Evangelio nos anuncia el alivio de nuestras cargas, va más allá de eliminarlas de nuestra existencia. Se trata de la asistencia divina para poder soportarlas como si de un yugo suave se tratara. Afrontar las dificultades de nuestra existencia con la garantía de una ayuda eficaz incrementa nuestra autoestima y ahuyenta el fantasma de la impotencia, que nos sume en el agobio más deprimente. Al invitarnos Jesús a aprender de Él quiere que carguemos con esa responsabilidad de afrontar con virtud (esfuerzo equilibrado) y no con agobio el yugo suave que supone la cruz de cada día.